

DE LAS COSAS PEQUEÑAS PROCEDEN LAS GRANDES

Presidente Gordon B. Hinckley
Segundo Consejero en la Primera Presidencia



" Debemos "tener las fuerzas de estar por encima de las cosas insignificantes que pueden llevarnos a querellas y problemas, de perdonarnos mutuamente, de `confiar en Dios para vivir' ".

Mis hermanos y hermanas, el presidente Benson cometió una involuntaria equivocación al anunciar que escucharíamos al presidente Kimball. Deseo con todo mi corazón que así pudiera ser; que fuera él quien estuviera parado en este lugar para hablarnos como el profeta del Señor. Como vosotros sabéis, él tiene ya 89 años de edad; su vida ha sido rica y fructífera, y nosotros recogemos los beneficios de su gran y dedicado liderazgo.

Hace unos momentos, al mirar a esta vasta congregación, le dije: "Presidente, todas estas personas le aman." Y él me contestó: "Y yo les amo a ellas." Espero que podáis aceptar esas palabras como su mensaje en esta ocasión al acercarnos al final de esta gran conferencia general. El presidente Kimball os ama.

Considero que esta conferencia ha sido sobresaliente en más de un aspecto. El nombramiento de dos nuevos miembros del Consejo de los Doce al mismo tiempo es algo que no había sucedido por mucho tiempo. La última vez que aconteció algo similar fue hace 40 años cuando fueron nombrados el presidente Kimball y el presidente Benson. También hemos agregado al Primer Quórum de los Setenta un grupo de bien capacitados hombres de fe y liderazgo que harán un aporte valioso a la obra. Hubiéramos querido poder escucharles a todos ellos. Se anunció también la edificación de cinco nuevos templos. Esto llevará el total de nuevos templos a veinticinco, ya sea recientemente construidos o en proceso de construcción. Nunca ha habido nada semejante en la historia de la Iglesia ni del mundo. Pese a que el presidente Kimball no se encuentra en condiciones de pararse detrás de este púlpito a hablarnos, hemos tenido la oportunidad de analizar estas cosas con él y nos ha dado su autorización en cuanto a lo que debía hacerse. No habríamos procedido sin su consentimiento.

Ahora nos aprestamos a regresar a nuestros hogares. Hemos sido aconsejados por las Autoridades Generales y se nos ha fortalecido en la fe, y antes de partir quisiera recalcar la importancia de prestar atención a las cosas pequeñas que forman parte de nuestra vida. Supongo que muchos de vosotros habéis visto uno de esos largos portones en la entrada en una granja o estancia. Al abrirlo o cerrarlo parece haber muy poco movimiento en las bisagras, aunque el perímetro que cubren es más bien grande.

Dirigiéndose al profeta José Smith en 1831, el Señor manifestó: ". . . de las cosas pequeñas proceden las grandes" (D. y C. 64:33). Lo mismo sucede con el bien y el mal, mis hermanos y hermanas; los pequeños actos de bondad pueden generar

grandes instituciones benéficas. Tal es el caso de la organización de Boy Scouts para aquellos que estén familiarizados con la historia de la misma. Lo mismo acontece con las cosas malas. Los pequeños actos de improbadidad, de inmoralidad, las pequeñas reacciones explosivas pueden convertirse en cosas terribles. En esta misma manzana, a pocos metros de este lugar, hubo años atrás un edificio similar a este tabernáculo. Se trataba de una estructura más bien rudimentaria en donde se reunían los santos en aquellas épocas de pobreza. En septiembre de 1857, un domingo por la tarde, tuvo lugar en ese viejo edificio lo que bien puede considerarse el capítulo final de una gran tragedia. En esa ocasión se encontraba dirigiendo la reunión el presidente Brigham Young, y presentó a la congregación a un hombre de apariencia anciana y endeble. El presidente Young dijo a la congregación: "El hermano Thomas S. Marsh, ex Presidente del Quórum de los Doce Apóstoles regresa a nosotros tras una ausencia de casi diecinueve años. El se encuentra en el estrado hoy y desea dirigirse a la congregación por unos minutos. . . Me visitó en mi oficina queriendo saber si podría reconciliarme con él y si es que podría haber una reconciliación entre él y la Iglesia del Dios viviente. Después de reflexionar por un momento me dijo que en realidad él estaba reconciliado con la Iglesia, pero que quería saber si la Iglesia podría reconciliarse con él. El se encuentra aquí", dijo el presidente Young, "y deseo darle el tiempo para que diga lo que desee decir. Les presento ahora, hermanos y hermanas, al hermano Thomas B. Marsh, quien fue llamado a servir como Presidente del Quórum de los Doce cuando ese cuerpo fue organizado por primera vez."

El hermano Marsh se paró detrás del púlpito. Ese mismo hombre que había sido llamado como el primer Presidente del Consejo de los Doce Apóstoles, y a quien el Señor le había hablado tan maravillosamente como se encuentra registrado en la sección 112 de Doctrina y Convenios, la cual desearía que leyesen, dijo a la congregación lo siguiente:

"No sé si lograré que esta vasta congregación me escuche y me entienda. Mi voz nunca ha sido sonora, pero en los últimos años se ha debilitado aún más debido a la vara afflictiva de Jehová. El me ama demasiado como para dejarme salir inmune. He visto la mano del Señor en el castigo que recibí. El ha probado que me ama, pues si yo no le importara, no me habría tomado por el brazo para darme tal sacudida. Si hay entre vosotros alguien que vaya a apostatar y a hacer lo que yo hice, mejor que se apronte para una buena paliza, si es que está entre los amados del Señor. Pero si aceptáis mi consejo, seguiréis las palabras de las Autoridades, pero si no fuera así y os apartáis y el Señor os ama tanto como me amó a mí, sacudirá su látigo contra vosotros. Muchos me han preguntado cómo es que un hombre como yo, que entendió tan bien las revelaciones de Dios según aparecen en el libro de Doctrina y Convenios, pudo caer. Yo les contesto que nadie debe sentirse tan seguro, sino que escuchen los susurros del Espíritu para no caer, pues yo no tomaba la más mínima consideración de que los hombres pudieran caer. En cuanto al Quórum de los Doce, al cual pertenecí, puedo decir que no me consideré menos que ninguno de sus miembros, y creo que otras personas tuvieron la misma opinión, pero que nadie se

sienta demasiado seguro, porque antes de tan siquiera advertirlo, tropezarán, y ya no volverán a pensar ni a sentir corno antes de perder el Espíritu de Cristo, pues cuando los hombres apostatan, quedan solos para arrastrarse en las tinieblas." (Journal of Discourses, 5:206.)

Hablando en una voz difícil de entender y aparentando más edad de lo que era con sus 57 años, se refirió a las tribulaciones por las que había pasado antes de finalmente emprender su viaje hasta el Valle del Gran Lago Salado y solicitar ser bautizado nuevamente en la Iglesia.

Al leer el relato tan patético, me pregunté qué era lo que había llevado a ese hombre a tal estado, y hallé la respuesta en el texto de un discurso dado a los santos en ese mismo edificio al que antes hice referencia, por el hermano George A. Smith. Si prestáis un poco de atención por algunos minutos más, considero que vale la pena leer esto como ilustración de la necesidad que tenemos de ser cuidadosos al tratar cosas pequeñas que pueden llevar a consecuencias enormes.

De acuerdo con el relato de George A. Smith, mientras los santos se encontraban en Far West, Missouri, "la esposa de Thomas B. Marsh, que en ese entonces era Presidente del Quórum de los Doce, y la hermana Harris, acordaron intercambiar leche a fin de poder hacer quesos más grandes de lo regular. Para asegurarse de que se hiciera justicia, acordaron de que ninguna se quedaría con la crema o la gordura de la leche, sino que la entregaría entera." (Para aquellos que no sepan mucho en cuanto a la manera de ordeñar, la leche que se obtiene al final del ordeño es la más rica en crema.) "La señora de Harris al parecer fue fiel al acuerdo y le llevó a la señora de Marsh la leche entera, pero la señora de Marsh, deseando hacer un queso de mejor calidad, sacó cerca de un litro de crema de la ordeñada de cada vaca y le envió a la señora de Harris la leche descremada."

Se suscitó una disputa y el asunto fue referido a los maestros orientadores, quienes hallaron a la señora de Marsh culpable de no haber guardado el acuerdo. Tanto ella como su esposo se sintieron sumamente disgustados. "Apelaron ante el obispo y se llevó a cabo una acción de tribunal eclesiástico. El presidente Marsh consideró que el obispo no había sido justo para con él y su esposa, ya que el tribunal de la Iglesia decidió que la leche más cremosa no se había entregado y que la mujer había violado el acuerdo.

Marsh inmediatamente apeló ante el sumo consejo, quien investigó el asunto con suma paciencia, y (según dice George A. Smith) por cierto que lo hicieron detalladamente. El hermano Marsh, empeñado en salvar la reputación de su esposa, presentó una aguerrida defensa, pero el sumo consejo finalmente confirmó la decisión del obispo.

"Marsh, lejos de estar satisfecho, apeló ante la Primera Presidencia de la Iglesia, y el presidente José Smith y sus consejeros estudiaron el caso, y respaldaron la decisión del sumo consejo.

"Este pequeño incidente", continúa el hermano Smith, "desató una considerable batalla y Thomas Marsh declaró que respaldaría la posición de su esposa aunque ello demandara que se fuera hasta el mismo infierno.

El entonces Presidente del Consejo de los Doce Apóstoles, el hombre que habría tenido que hacer justicia y asegurarse de que se reparara el daño cometido por un miembro de su familia, adoptó esa posición drástica. Y ¿qué hizo después? Fue ante el juez y denunció que los mormones eran enemigos del estado de Missouri. Como consecuencia de ello, el gobernador de Missouri emitió una orden exterminante que derivó en la expulsión de unos 15.000 santos de sus hogares y otros miles perecieron a causa del sufrimiento originado por ese incidente." (Journal of Discourses, 3:283-84.)

Qué cosa tan trivial e insignificante: un poco de crema por la cual discutieron dos mujeres; sin embargo, el hecho condujo, o por lo menos resultó un factor determinante, en la cruel y exterminante orden del gobernador de Missouri de arrojar a los santos de ese estado, más todas las lamentables consecuencias que siguieron. El hombre que tendría que haber solucionado la disputa, pero que en cambio la siguió ante los oficiales de la Iglesia hasta llegar a la Primera Presidencia, fue literalmente hasta el mismo infierno. Perdió su posición en la Iglesia y su testimonio del evangelio. Durante diecinueve años anduvo en la pobreza, en la obscuridad espiritual, en la soledad y en la aflicción. Envejeció antes de tiempo. Finalmente, como el hijo pródigo en la parábola del Salvador, admitió su insensatez y apenado emprendió viaje hasta el Valle del Gran Lago Salado para pedirle a Brigham Young que le perdonara y le permitiera ser nuevamente bautizado en la Iglesia. Había sido el primer Presidente del Consejo de los Doce; había sido amado, respetado y honrado en las épocas de Kirtland y en los primeros tiempos en Far West, mas ahora solamente deseaba ser ordenado diácono y ser un simple portero de la casa del Señor. Todos hemos sido testigos de casos algo similares en nuestros días. Hago mención a este asunto únicamente como recordatorio de que al partir de esta grandiosa e inspiradora conferencia podamos hacerlo con la determinación en nuestro corazón de vivir el evangelio, de ser fieles y verídicos, de tener las fuerzas de estar por encima de las cosas insignificantes que pueden llevarnos a querellas y problemas, de perdonarnos mutuamente, de "confiar en Dios para vivir" (Alma 37:42). Es muy fácil caer ya veces es difícil mantener la calma cuando nos provocan pequeñas cosas. Más bien tengamos presente que somos hijos e hijas de Dios, seres nacidos con un divino derecho, participantes del glorioso Evangelio de Jesucristo, los beneficiarios del sacerdocio restaurado por el Todopoderoso para la bendición de Sus hijos e hijas. Procedamos, hermanos y hermanas, con integridad y honradez en todas las cosas que hagamos. Dejemos a un lado toda arrogancia y vano orgullo y andemos con humildad ante Dios y con agradecimiento y respeto hacia todos con quienes nos relacionamos en esta vida. Que las bendiciones del Señor os acompañen, mis queridos hermanos que su paz reine en vuestros hogares y el amor hacia él pueda abundar en vuestros corazones. Para siempre Dios esté con vosotros, hermanos y

hermanas, hasta que nos juntemos de nuevo, lo, ruego humildemente al dejaros mi testimonio de la veracidad y divinidad de esta obra, y lo hago en el nombre de Jesucristo. Amén.